

El cerro de Dolores o San Francisco es un espolón de doscientos metros de altura aproximadamente, rodeado por el manto salitrero. Por el oriente lo limita la Pampa del Tamarugal; al frente una gran llanura que llega a Santa Catalina; por el poniente un cañadón ancho, con calichales explotados y al norte, una quebrada divisoria con otro cerro vecino llamado de los Tres Clavos. Ambos cerros según se deja ver por su arquitectura han sido uno solo antes que los cortaran las avenidas que han labrado entre ellos un profundo cauce. En ese lecho extinguido, llamado La Encañada, hay agua a poca hondura y se encuentra el pozo de Dolores, principal surtidor del precioso líquido cuya posición está en el punto en que el cañadón muere en la pampa del oriente. Figuraos un hombre situado en el pozo mirando a la Cordillera. Por delante tendrá la Pampa del Tamarugal; a su derecha el cerro de Dolores; a su izquierda el de Tres Clavos; a su espalda ese cañadón, unido al terreno llano que corre de norte a sur y que aísla por el poniente los cerros mencionados; tajo que en realidad es la continuación de la planicie que llega hasta Santa Catalina y que ocupaba ese día el Ejército de la Alianza.

Considerando los dos cerros nombrados —el de Dolores y el de Tres Clavos— como uno solo, el espolón que los forma tenía tres frentes despejados: el sur, el naciente y el poniente.

Si el lector se da cuenta de esta descripción comprenderá que el pozo podía ser atacado por la pampa del Tamarugal por un ejército como el de la Alianza, que viniendo del Sur oblicuara a la derecha. Esto fué lo que intentó Buendía. También por la encañada de la espalda como quiso hacerlo el general boliviano Villamil, cargándose con sus tropas a la izquierda. Podía ser defendido desde el cerro Tres Clavos, del de Dolores, o del cauce seco, y además desde un pequeño promontorio de poca elevación que había cerca de él en la llanura del Tamarugal y que estratégicamente era una excelente trinchera avanzada que nuestro Ejército utilizó.

*El Pozo*

Al pie de los cerros corría de Sur a Norte la línea férrea de Pisagua que pasa por las oficinas salitreras, de San Francisco, Porvenir, Santa Catalina, Camiña o "Saca si puedes", y por un sitio llamado El Molino, nombre que se da en el desierto a una instalación para bombear el agua del subsuelo, el que quedaba al pie de la posición que ocupó la artillería de Salvo.

El terreno que rodea los cerros estaba removido.

El trabajador de salitre al extraer el caliche del suelo levanta la costra terrestre endurecida por el sol y la sal, y la amontona en paredes de uno a dos metros, dejando hoyos en que pueden agazaparse tres o cuatro hombres, es decir que sin quererlo construye los más formidables reductos para la tropa de infantería que quiera desparramarse en orden disperso por la vasta y desgarrada llanura.

*Distribución de la artillería en el cerro*

El cerro de Dolores estaba ocupado por tres secciones o grupos de cañones, y el de Tres Clavos por dos, que abarcaban en todas direcciones un horizonte de 4.000 metros.

Los de Dolores eran: uno cargado al poniente con 12 piezas, de las cuales seis de montañas y seis de campaña. Estas las dirigía el capitán don Eulogio Villarreal; aquéllas el capitán don Roberto Wood. Otro grupo que cubría el frente tenía seis piezas y dos ametralladoras a cargo del capitán don Benjamín Montoya. Casi en el extremo sur, mirando al naciente estaba el Mayor Salvo con cuatro Krupp y 4 cañones de marca francesa. Muy cerca del pozo de Dolores, enfrentando la pampa del Tamarugal, había cuatro piezas más a cargo del capitán don Santiago Frías. En ese punto se situó el ilustre Coronel Velásquez, el Jefe Superior del arma, a cuidar el pozo. Los fuegos dominaban el frente, el naciente y el poniente. No había manera de aproximarse al agua sino haciendo un movimiento giratorio envolvente por la Pampa del Tamarugal pasando a mayor distancia que el alcance de las piezas.

El cerro de Tres Clavos tenía también una sección de artillería de cuatro cañones que gobernaba el capitán don Delfín Carvallo y cuyos fuegos se cruzaban en ángulo en la Pampa del Tamarugal con los de la batería de Frías.

Tal era la distribución de la Artillería.

*La infantería en el cerro*

La de la Infantería era así: 4.500 hombres en la meseta situada en la cumbre del cerro de Dolores; 1.100 del Regimiento N<sup>o</sup> 3 en la débil prominencia que ya he mencionado que había abajo, en la pampa muy cerca del pozo. El resto hasta completar muy poco más de 6.000 hombres eran los artilleros y la caballería.

La tropa del alto era: el Regimiento Buin y los batallones Navales y Valparaíso se extendían en la meseta que ocupaba la artillería de Wood y Villarreal. Esta posición se designa con el nombre de la "derecha" en los partes oficiales. La mandaba Urriola. El Regimiento N<sup>o</sup> 4 y los batallones Coquimbo y Atacama en las vecindades de la posición de Salvo, mandados por Amunátegui.

En el cañadón intermedio entre los dos cerros permanecían con sus sables desenvainados, listos y anhelosos de entrar en acción, el Regimiento de Cazadores a caballo y una compañía de Granaderos también de a caballo.

He nombrado a Salvo. El papel prominente que desempeñó ese día hace necesario designar el personal de oficiales que lo acompañó. Salvo tuvo a sus órdenes 8 oficiales y 54 sirvientes en las piezas. Aquello fueron, el capitán don Pablo Urizar, el ayudante don Diego A. Argomedo, el encargado de la sección Krupp teniente don Eduardo Sanfuentes, los alféreces don Guillermo Armstrong, don Juan García Valdivieso, don Guillermo Nieto, don Jenaro Freire y don Heraclio Alamos.

En resumen la artillería estaba distribuida de manera de contener el avance de una masa de infantería que pretendiese abordar el cerro o acercarse

al Pozo, y a la infantería como auxiliar de ella no le cabría papel activo sino en el caso improbable de que el enemigo consiguiese subir a la meseta. Esta distribución del Ejército merece todos los elogios. No está perfectamente establecido quien fué el que comprendió que la batalla no podía ser sino de artillería y que en ese concepto organizó la defensa, pero todo permite creer que la distribución de las piezas fué obra de Velásquez, y la de los cuerpos del coronel Sotomayor, comandante don Aristides Martínez y de Vergara.

*El enemigo* El enemigo se presentó el 19 de noviembre muy temprano en Santa Catalina y después en Porvenir, organizado en tres líneas: dos cubrían el frente; una de reserva.

Su extrema derecha —la que enfrentaba a Salvo y a la infantería de Amunátegui— la mandaba Buendía.

Su izquierda —la que tenía delante a Wood y Montoya y a la infantería de Urriola— el Jefe de Estado Mayor Coronel Suárez.

La reserva obedecía a Cáceres, comandante del Zepita. Como cada división debía tener alrededor de 3.500 hombres, la de Buendía podía rebalsar la línea chilena de su frente.

La sección de Buendía constaba de la división Exploradora que mandaba el General Bustamante, de la de Vanguardia del coronel don Justo Pastor Dávila y de una brigada boliviana a cargo del general don Carlos Villegas, con seis piezas de artillería y dos escuadrones de caballería; uno peruano, el otro boliviano. La de Suárez llevaba en el centro las divisiones peruanas de Velarde y Bolognesi, a su izquierda cuatro batallones bolivianos completos y además los restos del Independencia y Victoria que pelearon en Pisagua. Las tropas bolivianas de esta división reconocían por su inmediato jefe al General Villamil.

La reserva de Cáceres la formaba el Zepita y el "Dos de mayo", los cuerpos más afamados del Ejército peruano.

Los Ejércitos permanecieron a la vista desde las 6 A. M., hasta las 3 P. M. Ni uno ni otro querían empeñar el combate ese día. Parece que sobre esto se disputaron Buendía y Suárez. Aquel deseaba dar la batalla inmediatamente y Suárez lo disuadió, manifestándole que los soldados necesitaban descansar. Del lado chileno había igual interés porque se sabía que el General Escala venía en viaje con la división de Hospicio y se suponía que llegaría antes de la noche, pues el telégrafo anunciaba momento a momento los lugares por que pasaba.

No se si el Cuartel General enemigo tuvo plan de batalla, porque no se hace referencia a él en las comunicaciones oficiales, pero interpretando sus movimientos durante la acción como inspirados por un propósito dirigente se llega a la conclusión de que la batalla fué bien dada por parte del Ejército de la Alianza. Buendía trató de ejecutar el movimiento envolvente para apoderarse del Pozo; cortar a nuestro Ejército de su base que era la costa y por consiguiendo de Escala, y desprendió una columna para tomarse los cañones de Salvo. Suárez quedó mirando y conteniendo la división de Amunátegui, mientras su extrema izquierda mandada por Villamil procuraba penetrar al cañadón y apoderarse del Pozo por la espalda; Cáceres de reserva de Suárez.

Vuelvo a manifestar la duda de que estos movimientos obedecieran a un plan, pero previstos o no el efecto táctico de ellos era envolver el Pozo por

sus dos costados y reunirse en él Buendía y Villamil, mientras Suárez y Cáceres sujetaban la división de Amunátegui, amagando el frente sur del cerro.

*Los ejércitos a  
la vista*

Después de la divergencia que se suscitó entre Buendía y Suárez se convino aguardar hasta el siguiente día sin empeñar la acción, pero efectuar algunos reconocimientos sobre las posiciones chilenas. Con este objeto avanzó al Molino situado en la línea férrea al pie de los cañones de Salvo una división enemiga. Hasta esa hora que eran cerca de las 3 P. M., los Ejércitos habían estado observándose. Del campamento chileno se veían evolucionar los cuerpos, y se oían las aclamaciones con que contestaba la tropa las arengas patrióticas de sus jefes. Al decir de los contemporáneos las filas estaban tan cerca que con buenos anteojos se habrían podido distinguir las personas.

La guerra es el reino de lo imprevisto. Hemos visto al dios Acaso burlando las combinaciones navales. Lo mismo ocurrió en tierra en el momento que recuerdo. Las resoluciones adoptadas en uno y otro campo fueron desbaratadas por un accidente imprevisto. Como nadie pensaba en empeñar la batalla ese día las tropas de la Alianza circulaban en grupos, acercándose a beber al pozo de Porvenir situado en el radio de Salvo, el que creyendo que esos movimientos obedecían a algún plan militar les disparó un cañonazo con autorización de su Jefe el Coronel Amunátegui. El Ejército de la Alianza contestó y el combate se empeñó. Era un candor inexplicable de los directores de uno y otro campo el suponer que dos ejércitos enemigos pueden permanecer pasivamente uno en frente de otro. Así empezó la batalla de Dolores o de San Francisco.